FF 50 305

Como todos los miércoles, alrededor de esta misma hora, comenzamos aquí Revista de Filosofía. Buenas noches. Revista de Filosofía es un programa semanal de la Facultad de Filosofía de la UNED, que está en esta misma sintonía hasta aproximadamente las diez y media de la noche, las nueve y media en Canarias, y que coordinan Francisco José Martínez y Antonio García Santes Mases.

Vamos a intentar retomar el programa que dedicábamos la semana pasada a José María Gómez Cafarena, que como sabéis es catedrático de Metafísica y Filosofía de la Religión de la Universidad Pontificia de Comillas de Madrid, y autor además de numerosas publicaciones. Iniciamos el programa pasado, tomado como punto de arranque un libro recientemente aparecido, Cristianismo e Ilustración, que es un homenaje a Cafarena, en el que colaboran gentes como Javier Muguerza, Diez Alegría, José María Mardones, Carlos Tibó, Ignacio Sotelo, Antonio García Santes Mases y Manuel Fraijó, entre otros muchos. Estos dos últimos, por cierto, están de nuevo aquí hoy para continuar hablando con el propio Cafarena, que también nos acompaña de su obra.

Y hoy vamos a comenzar comentando cómo fueron los primeros tiempos de Cafarena respecto a su relación con la Teología y con la Filosofía. Vamos a hablar también de Bertrand Russell, Sartre, Camus, del problema del mal, del problema del sentido. Bueno, vamos a saludarles ya y a comenzar sin más.

José María Gómez Cafarena, Manuel Fraijó, Antonio García Santes Mases, buenas noches. Buenas noches, tenemos hoy con nosotros a José Gómez Cafarena, los oyentes que han seguido esta revista de Filosofía el miércoles anterior sabrán que ya nos había acompañado, nos acompaña también Manuel Fraijó. El motivo es un motivo que realmente es una gran satisfacción para esta revista de Filosofía, es la publicación de un volumen, Cristianismo, Ilustración, homenaje a José Gómez Cafarena publicado por la Universidad Pontificia de Comillas de Madrid.

En el programa anterior hablamos un poco de la evolución biográfica de Cafarena. Nos habíamos quedado en ese momento de finales de los años sesenta, después del Vaticano II, cuando ese gran metafísico que es Cafarena, que había escrito nada menos que una metafísica fundamental, una metafísica trascendental, una metafísica religiosa, pero ya en colaboración con Martín Velasco, que hacía una fenomenología de la religión, se encuentra un poco en ese mundo que es el cuando nos conocimos nosotros dos, que es un poco esa época donde aparecía puesta en cuestión, hay que decir, no solo la metafísica, hay que decir que realmente la propia filosofía, porque es la época de aquel libro de Gustavo Bueno, la filosofía dentro del conjunto del saber, aquel folleto de esa cristana filosofía dentro de los estudios superiores, entonces había como una especie de puesta en cuestión, unos por el problema de la praxis, otros por el problema de la crítica al existencialismo, que en aquel momento con Torre nos tenía mucha fuerza, todo aquel mundo, pero a mí me interesaría para empezar a iniciar este

segundo programa, ver un poco también la crítica que se hacía desde la propia teología, desde la propia religión, porque recuerdo en aquella época aquel librito de González Ruiz, El cristianismo no es un humanismo, y había también una especie de repulsa a la filosofía que también se daba incluso en aquellos lugares donde se hacía una cierta producción o divulgación teológica, y de esa época son libros tuyos, como La audacia de creer, hacia el verdadero cristianismo, Cristianos hoy, que fue un libro que cuando yo te conocí más en aquel momento, y en ti había ya desde aquel momento un cierto esfuerzo de decir, bueno, no a la metafísica escolástica, pero también un no a la desaparición de toda reflexión de tipo teórica, a toda reflexión desde Logos, te veías creyente y filósofo, entonces no estabas por un fideísmo, aunque tampoco estuvieras por un racionalismo exacerbado. ¿Cómo te viviste en esos años? Pues en una situación de un cierto conflicto interior, que para mí nunca fue dramático, pero tampoco fácil, porque creo que la teología católica había siempre mantenido la idea de que la filosofía es buena, es necesaria, incluso la teología debe acudir a la filosofía, pero claro, lo hacía condicionándola de tal manera que ya la filosofía no era auténtica filosofía.

Yo en aquellos años primeros de mi docencia, aquel otro día hacía alusión, encontré en Ortega una acusación absolutamente válida, que me impactó mucho, el que tiene de antemano las respuestas cómo hacerse en serio las preguntas. Yo a pesar de todo pensé que sí podía uno hacerse las preguntas, porque antes que cristiano ni creyente de ningún otro credo, uno es humano, y desde luego si no hay esta base humana, tampoco puede ser auténtico lo que uno tenga después. Por ello me pareció muy bien el principio católico, muy mal a su aplicación.

Los protestantes habían alzado desde Lutero la bandera del fideísmo, los católicos motejaban de fideístas, seguidores de la pura fe, a los protestantes, pero en realidad los protestantes en nuestro siglo han ido evolucionando hacia una recuperación de la filosofía. Pensemos en Tillich o Pannenberg, y por otra parte los católicos después del Vaticano II de pronto descubrieron el fideísmo, lo digo con cierta brusquedad y tendría que matizarlo, pero en algunos casos me parece que era una cosa flagrante. Cansados de la filosofía escolástica y de su inautenticidad creyeron poder tirar por la borda toda filosofía y pensar que basta la fe y sobre ella se edifica.

Pero claro, para dialogar con el ser humano de hoy, y ante todo ese ser humano lo es cada uno, incluso el mismo creyente, hace falta un pensamiento arraigado en lo humano, y eso es filosofía, quierase o no. Y además la mediación con las ciencias, que hoy son las prevalentes en el contexto en que nos movemos, la hace la filosofía. La teología, en la medida en que se corte su amarre filosófico, yo creo que se condena a vivir en un cierto gueto de aislamiento en el cual no podrá subsistir, y en el cual muy fácilmente se favorecen ese tipo de cosas como las que solemos hoy llamar fundamentalismo, fanatismos de un tipo o de otro, que son peligrosos.

Hay que bajar a la arena filosófica. Claro, tu caso es verdaderamente continuamente hacer la insistencia en este punto. Por eso digo yo en el trabajo de homenaje que algunos descubrieron allí la llamada a la praxis, otros la llamada a reafirmar su fe, y otros de alguna forma la invitación a la filosofía, porque había un constante diálogo que tú establecías con el humanismo marxista, con Sartre, con Garaudí, con el humanismo de tipo espirista, con

Bertrand Russell, con el humanismo existencial al que dedicabas con mucha belleza todo aquello de Albert Camus, de lo que había significado la peste, es decir, era un diálogo continuo con la filosofía, con las ciencias sociales también, todo el tema de la tesis de la secularización, la sociología de la religión en Weber, en Peter Berger, ese era un poco el mundo, el mundo de reflexión, que es un mundo que te situaba, eso sí, claro, volviendo a lo que decíamos en el programa anterior, más bien en los fundamentos previos antes de la sistematización, es decir, que es un mundo que todavía problematizaba más la metafísica fundamental, porque allí ya empezaste a preocuparte mucho de la filosofía de la sospecha frente a la antropología existencial, era la época un poco que comenzaba a hacer furor el estructuralismo y la muerte del hombre, ¿no? Entonces, en ese sentido, quizás de todo aquello, pues aunque en ti haya habido también esa preocupación por el sentido más noble de la política, y tu diálogo con el humanismo marxista, y tu preocupación por aquellos encuentros del escorial que iniciaron un poco el tema de la teología de la liberación, pero parece que en ti filosóficamente ha estado como muy fuerte esa imagen Bertrand Russell, por un lado, hasta dónde puede llegar la ciencia, a dónde la filosofía, y por otro lado Camus, Sartre, hasta dónde llega el problema del sentido, y en el tema del sentido, pues ahí en el trabajo que también habla Manolo Freijoh, yo le pediría que nos introdujera algo de este tema, porque ahí aparece con mucha fuerza el problema del sentido y el problema del mal, como uno de los desafíos al problema del sentido.

¿Tú cómo lo ves esto, Manolo? Bueno, Cafarena y yo hemos dialogado durante muchos años sobre este tema, ¿no?, y creo que empalma muy bien con lo que has dicho, ¿no?, porque tú lo llamas en tu librito, Creyente Ilustrado, a Cafarena, y él ha citado a Ortega, cuando Ortega realmente pone un poco en cuestión que se pueda ser creyente, y que se pueda ser filósofo, ¿no?, lo había hecho antes de Ortega, o al mismo tiempo que Ortega, lo había hecho con más fuerza que Ortega Heidegger, ¿verdad?, que había puesto muy en cuestión que se pudiera ser filósofo y se pudiera al mismo tiempo ser creyente. Ortega decía que el creyente hace como que busca, pero que es una ficción, porque en realidad ya tiene la respuesta, su filosofía carece de mordiente, y bueno, esto que yo creo que es un problema real y que yo he visto, creo, en Cafarena, pues no digo resuelto, pero en fin, llevado adelante con mucha elegancia, yo creo efectivamente que tú haces bien en llamarlo Creyente Ilustrado, pero quizá donde esto se pone más a prueba es en el tema del mal, claro, y en el tema del sentido, ¿no?, donde a todo el mundo le estallan todas las respuestas entre las manos y se da a uno cuenta de que, pero quizá ahí es donde más confluye la filosofía y la teología, ¿no?, porque ambas están abocadas ahí, en último término, pues no sé, si al misterio, si al enigma, pero bueno, Cafarena, en su Metafísica Fundamental, lo que hacía era pues realmente una búsqueda del sentido, que yo recuerdo que era enormemente brillante, ¿no?, y recurriendo pues a la profecía extranjera, recurriendo a la literatura, recurriendo a la poesía, recurriendo a todo lo que podíamos para encontrar ese sentido dentro del mundo, ¿no? Yo recuerdo que quizá nuestra diferencia estaba un poco en el distinto grado de asertividad que le otorgaba la respuesta cristiana, ¿no?, en él quizá de una forma mucho más nítida, de una forma más confiada, diría yo, más confiadamente asumida, y quizá en mí de una forma mucho más problemática, ¿no? Pero recuerdo que fue nuestro gran tema y que lo sigue siendo, ¿no? Yo termino con la anécdota que siempre cuento de Romano

Guardini, ¿verdad?, ese gran teólogo y gran filósofo, que en su lecho de muerte le preguntaron, bueno, que en el juicio final, que qué tendría él que decir, y entonces dijo yo, allí, por supuesto, primero me dejaré preguntar todo lo que Dios me quiera preguntar, dice, pero después, una vez que él haya acabado, yo empezaré también, y le preguntaré por qué tanto mal, por qué este camino tan tortuoso para llegar al bien, dice, porque no he encontrado ninguna respuesta ni en la filosofía, ni en la teología, ni en la Biblia, ni en la filosofía de los demás, ni en la filosofía propia. Lo que yo no sé es si finalmente planteó la pregunta, y mucho menos sé qué respuesta recibiría.

Eso ya nadie, pero ¿tiene respuesta el problema del mal, Cafarena? No, no la tiene, no la tiene. Esto era algo, dentro de ser un escolástico, ¿cómo era? Es tal vez aquello en lo que de pronto mi maestro José Ellín, a quien me referí la semana pasada, rompía. Él decía que al final el misterio y que cualquier intento de respuesta fracasaba, cosa que no era nada habitual que dijera un escolástico en aquellas fechas.

Aquello yo lo guardé, pero no fue por rutina el repetirlo, sino por evidencia sangrante de lo más claro. El problema está ahí, se lo plantea uno como el más clave problema humano. Hoy hay quien dice, no, el mal no es problema sino en un determinado ámbito, el religioso y concretamente el monoteísta.

No, yo creo que el mal es problema siempre, pero es cierto que hay un plus de problema en el monoteísmo. No se trata ya sólo entonces de ver cómo llevamos con dignidad esta tara de la condición humana, que es la frustración de tantísimas apetencias legítimas de tantos seres, que es la muerte de los niños, para usar el símbolo de Dostoyevsky y de Camus, sino de ver cómo eso puede ser mínimamente compatible con la afirmación de que este mundo tiene su origen en un dios amoroso, en un dios bueno. Una filosofía como la de Spinoza, en general las de tono más estoico, o no, digamos, las del supremo racionalismo, o de un Hegel, dan cuenta del mal con más naturalidad.

Igual que un empirista también se satisface más pronto con respuestas de tipo científico. Esto podemos y no más, no demos vueltas, no buscar tres pies al gato. En cambio, el que se plantea el problema en metafísica antropológica de calado metafísico, o desde una religiosidad como la cristiana, más aún, con la idea de buscar si es creíble la existencia de un dios bueno, ese tiene el problema muy agravado.

Y entonces el sentido, por una parte parece que con ese dios bondadoso, generoso, en el que afirmaba, por ejemplo, Jesús en el Evangelio, se resuelve el único casi remedio de los males del mundo, que no se van a arreglar de otra manera, los que la historia va dejando en la cuneta, las víctimas que Horkheimer quería, por ejemplo, recuperar frente a la prevalencia, la victoria del verdugo, Horkheimer y más aún Walter Benjamin. Bueno, pues ese dios tiene en contra el que, si existiera, podía, parece, haber hecho las cosas de otra manera. Bueno, ante esto no hay respuesta, y por ello la fe, yo creo, será siempre muy ardua, la fe monoteísta, más que la fe en un, llamémosle dios, pero en fin, podría llamarse también sustancia o naturaleza de espinosa.

El mal ahí es, pienso yo para el creyente, una sobrecarga. Es decir, tiene en primer lugar que soportarlo como todo vecino, y además tiene que compaginarlo con la imagen de un dios bueno, como tú has dicho, misericordioso, omnipotente. Es decir, si tú piensas que todo se debe al azar, pues con el azar se despacha pronto, ¿no? Hay poco que preguntarle al azar, pero justo el creyente que dice que hay a quién preguntar, y quizá ahí empieza la tragedia del creyente, de que hay a quién preguntar por lo que ocurre, y es lo que dicen las religiones monoteístas, yo creo que ahí es de verdad donde se plantea el gran problema, y no es ninguna casualidad que en el ámbito cultural dominado por el cristianismo es donde con más agudeza se ha presentado el problema del mal, porque justo el cristianismo es quizá la religión más filosófica en ese sentido, y la que más se abre a estos horizontes.

Pero por otra parte, y te lo quería decir, a mí me ha llamado la atención, hace poco leyendo a teólogos y filósofos judíos actuales, cómo relativizan Auschwitz, y cómo intentan que no haya una holocaustología, dicen ellos, y llegan a decir, llega a decir uno de ellos, queda prohibido a los judíos conceder una victoria póstuma a Hitler. Lo que hacen los teólogos cristianos con Auschwitz no se debe hacer, Israel ha estado siempre acostumbrado a grandes tragedias, las ha soportado, las soporta desde la fe, Auschwitz no puede ser ni un punto de partida, ni puede cuestionar a nuestro Dios, es una distinta sensibilidad a la que te lo podéis conocer. Sí, y me resulta muy interesante, yo no había apreciado esto, pero lo entiendo muy bien, el que el cristianismo se ha hecho cargo del problema de Auschwitz, quizá con mala conciencia, porque después de todo han sido cristianos los verdugos, así llamados cristianos, muy anticristianos en su comportamiento, más sensibilidad que los judíos, porque yo creo que es verdad, el signo de Israel ha sido el de testimoniar siempre, a pesar de siempre un pueblo perseguido, desterrado, y sin embargo manteniendo una fe difícil.

Bueno, en vuestro libro, este tema, tú lo recordaste el otro día, aparece como el verdadero núcleo central, y hay colaboraciones de todos los sentidos, yo quería decirte, sin embargo, una cosa, a mí me parece que en tu forma de ver las cosas, sin embargo también es muy interesante la otra cara de la moneda, es decir, una cara es la que dice Freijohn, es decir, para el creyente eso es una sobrecarga, porque implica un misterio, pero a mí me parece muy interesante cómo tú insistes, también frente a estas posiciones que has llamado empiristas, o estas posiciones neostoicas, más espinozistas, o esas posiciones hegelianas que diluyen el mal, en que el mal, es decir, para el que no es creyente le queda al absurdo, es decir, esto es lo que me parece a mí la fuerza de tu argumentación, porque claro, es verdad que muchos que el problema del mal lo vinculan ya a los males sociales históricos específicos, por ejemplo un poco como hace Sotelo en su ponencia, en su trabajo, en su artículo de homenaje, o otros que lo sitúan más bien en el sentido del mal moral, y todo lo que tiene que hacer el ser humano, como hace Mugarza, esa personalidad erguida en lo moral, pero en tu caso a mí me parece que lo interesante es que tú lo estableces de tal manera que la solución no es fácil, porque claro, no es fácil para el creyente, de acuerdo, muy difícil, tiene todo el problema del misterio, cómo lo compatibiliza, pero tampoco es fácil para el que opta por la otra posición, llamémosle no creyente o como sea, porque claro, en tu esquema dice, bueno, pero es que entonces usted, en

última instancia, cree que hay un absurdo, eso es lo que yo creo que tiene fuerza de esa forma tuya de ver las cosas, aunque esté emparentada con una época que probablemente no es esta época científico, positivista, pragmática, sino una época que había un rescoldo existencial mayor, pero yo creo que eso tiene gran fuerza, esa forma como lo planteas tú. Sí, y yo en eso me siento muy solidario con una frase de Karl Rahner que cita Manolo en algún momento de su intervención, digo, de su escrito en el libro de homenaje, de que será difícil que el ser humano se resigne a aceptar las cosas como son. Yo también creo eso.

Hoy se propende a esto, a decir, pues, ¿por qué tanto absurdo? La dosis de sentido es esta y no más, es una resignación con la que yo creo que hay algo en el fondo del corazón humano que no pasa, y es ciertamente distinta de la actitud, para mí, mucho más cercana de Albert Camus o de Benjamin y Horkheimer, todos ellos bien actuales y no creyentes, precisamente. Ahora, yo también pienso que, desde luego, la cosa es tan difícil que al final acabamos en un misterio, un misterio que para el filósofo se resuelve en eso, en decir, no sé, el creyente cristiano tiene que apelar a la escatología, y no es un deus ex machina ni tiene por qué ser un opio si realmente lo que sirve es para actuar entonces en este mundo coherentemente con lo que esperamos. Pero, en definitiva, ese decir cristiano sin resurrección, Dios no es Dios.

Si Dios no tiene otro repertorio de soluciones para los problemas humanos que el que aparece en la historia temporal de estos, realmente Dios que se retire, no hay Dios, llamemos absoluto, pero no hablemos de Dios invocable, a quien Jesús llamaba Abba, Padre. Bueno, pues, a mí me parece muy serio esto, y por eso, como creyente, yo encuentro ahí esa solución sabiendo que es fe y que no debo intentar demostrarla de ningún modo filosóficamente, pero filosóficamente queda como el nicho en el cual eso puede entrar. Ese nicho, filosóficamente, se llama el no saber, el misterio al que se desemboca si no se quiere incidir en el absurdo.

Claro, ahí es donde aparece, que creo recordarlo, porque después de escribir el trabajo de homenaje, como siempre pasa, me volví a releer, no a mí, sino a alguna de tus obras, y veo yo que en ti, efectivamente, en esa idea del misterio, pues está el punto de en qué medida el creyente, por un lado, tiene audacia, porque tiene que... Pero, por otro lado, tú dices también ahí, que tiene humildad, es decir... Sí, porque no está lo uno contra lo otro. ¿Cómo son las dos cosas? Esa mezcla de audacia y humildad. Humildad ante la realidad.

Antidogmatismo es lo que yo diría, y eso es la humildad básica. La única postura con la que yo ahora no podría identificarme es un dogmatismo de ningún tipo, ni siquiera el católico. Mantengo los dogmas católicos, pero, bueno, desde una trémula fe que prefiere no tener que saber mucho en detalle sobre ellos, más bien como hitos de una tradición en la cual uno está.

Pero creo que la teología más importante hoy es la teología fundamental, que se pregunta si esto algo o nada. Más bien, ¿cómo esto? ¿Por qué ese cómo respecto a Dios? ¿Qué vamos a saber? Ahora, bueno, esto es una cierta audacia frente a esas posturas más bien, diríamos yo, diría concesivas frente a la situación. El decir, no busquemos tres pies al gato, que es como yo resumiría la huida del desafío del sentido que leo hoy en muchos.

Pero humildad que tiene también algo de confianza. Desde luego. Pero esa confianza, antes que en Dios la pongo en el hombre.

El ser humano se merece que exista Dios escrito absurdamente alguna vez. Bueno, han recogido bastante, pero no me retracto en este sentido. Yo confío tanto en el ser humano que pienso que puede ser seria esa postulación de un amor absoluto que él lleva adentro.

Esa humildad, que como dice Hick, se debe también a que no tenemos el cuadro en su totalidad. Que nuestra visión es imperfecta, lo que decía Diltay, tendríamos que esperar al final para ver la última palabra. El mismo Hick habla de que hasta que no doblemos la última curva, ni en el tema del mal, ni en tantos otros, tendremos respuestas.

De acuerdo. No cabe duda que el ser humano no sabemos si se lo merecerá o no, pero por hacer un recuerdo a Javier Muguerza que publica en el libro, diremos que por lo menos Cazuarena sí se lo merece. Y nosotros creemos que a la vez, pues la verdad no es que nos merezcamos nosotros haber tenido a Cazuarena hoy aquí, pero sí ha sido una gran suerte para todos nuestros oyentes haber podido escuchar la palabra de uno de los filósofos más interesantes, más importantes que hay en estos momentos en España y que de alguna forma corona una gran parte de su obra en este homenaje, en esta obra a la que ya nos hemos referido, Cristianismo, Ilustración, publicada por la Universidad Pontificia de Comillas como homenaje a José Gómez Cazuarena.

Muchas gracias. Gracias a vosotros. Cerramos aquí este capítulo dedicado a José María Cazuarena a raíz del libro, homenaje, que se le ha dedicado hace poco Cristianismo, Ilustración, que ha salido en la Universidad Pontificia de Comillas.

Además del propio Cazuarena nos han acompañado a lo largo de los dos últimos programas Manuel Fraijó, Antonio García Santes Maces. Gracias a los tres. Gracias también a vosotros y recordad que el miércoles estaremos aquí a la misma hora.

Buena semana.